

El retrato de Edmundo Concha que Marco Aurelio Rodríguez acaba de publicar en "Artes y Letras", de "El Mercurio", no me parece ni la sombra del pensamiento que yo conocí.

Mi amistad con Edmundo Concha fue muy larga y complicada. Debe haber empezado allí por 1946, con motivo de la aparición de su novela "Los gusanos", obra en la que un joven militante continúa su lucha su desencanto de la doctrina. Naturalmente, el lector más catuista del libro fue, por razones obvias (su autocomplacencia, entre otras), Hernán Díaz Arrieta (Alcega). Con ese padrino y con su experiencia de espaldas literarias con escritores como Oscar Castro, Gonzalo Drago y otros componentes del grupo Los Indios, de Rancagua, donde había vivido, Edmundo Concha se lanzó a plasmar no sin gracia y perspicacia, aunque sí con erratas de bulto, el universo de la Literatura.

Cuando lo conocí, él vivía en una especie de ciudadela situada entre San Pablo, Marucana y Bañados, que

llevaba en rigor el nombre de Yungay por estar ubicada frente a la estación de ferrocarril de ese nombre. Voy a Edmundo Concha reposando en una cama instalada en una suerte de estrocho desván, afectado por una úlcera del duodeno y rodeado de cartas manuscritas y de libros.



En los rasgos de su cultura, recuerdo un detalle: su pasión por la obra de Dostoievski. Al parecer, ya había quedado un libro del autor ruso sin haber pasado bajo su lupa. También le gustaba la crifa fina: optaba siempre por lo más clásico. Se ufanaba de tener guardado bajo siete llaves un "invernal-

ble" estudio sobre la literatura española escrito por César Barja. En efecto, en unos estantes metálicos guardaba libros con llave.

Admiraba la prosa de Ortega y Gasset, Borges, Alome, Manuel Rojas, González Vera. Desentaba la firma de escritores de Eduardo Bello y Pío Baroja. Con

Vidrio molido

Dominado al mismo tiempo por el sueño de grandeza y por los valores modestos de la infancia, Edmundo Concha forjó una personalidad casi inexplicable. Con sus amigos era a veces solícito y otras veces de una cruel arrogancia.

sus amigos era a veces solícito y otras veces de una cruel arrogancia. Tangomano de toda la vida, gurdeliano en primera instancia, fue socio de cuarenta club del género cañista en la plaza. Dominado al mismo tiempo por el sueño de grandeza y por los valores modestos de la infancia, forjó una personalidad

Luis Sánchez Latorre



caí inexplicable.

Para él, asistido por una forma de complejo insuperable, no había que prodigarles mucha compasión a los pobres de espíritu. No puedo dejar de recordar un artículo titulado "Su Majestad, el Hombre", en que se moía del pobre empleado a cargo de mantener relucientes en un local del centro los arrefectos de la luz blanca.

Tenía un peculiar concepto de la amistad. Terminaba el día con risas y abrazos, pero, como se avinagraba con rapidez, al día siguiente saludaba apenas con una venia. Había perdido de veras la confianza en las instituciones humanas. Se sentía eternamente perseguido. A mí me reprochaba

el propósito de cualquier cosa: de poner vidrio molido en su camino.

Consevo en mi experiencia personal el auténtico retrato psicológico de un "difícil" Edmundo Concha. A mi juicio, el bonancible retrato que de él hace Marco Aurelio Rodríguez no es más que la sombra del humo en el espejo.

Las Últimas Noticias, STGO. 22-OCT-2005 P. 35

Vidrio molido [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-2007

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vidrio molido [artículo] Luis Sánchez Latorre.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile